

**RAFAEL MONTESINOS, POESÍA COMPLETA (1944-2005), EDICIÓN Y  
PRÓLOGO DE RAFAEL ROBLAS CARIDE Y RAFAEL CÉSAR MONTESINOS,  
MADRID, POLIBEA, 2021, 2 VOLS., 1094 PP.**

MANUEL CARBAJOSA AGUILERA  
Universidad Pablo de Olavide

La editorial Polibea, en colaboración con la Tertulia Literaria Hispanoamericana, ha reunido en dos volúmenes la *Poesía completa (1944-2005)* de Rafael Montesinos, en edición de Rafael Roblas Caride y Rafael César Montesinos. Componen este corpus un primer bloque que recoge su obra en verso bajo el epígrafe *Summa Poética*, seguido de un segundo bloque titulado *Otros poemas*, que incluye tanto poesía publicada, como inédita. En el volumen primero se agrupan: *Canciones perversas para una niña tonta* (1945), *El libro de las cosas perdidas* (1944-1946), *Las incredulidades* (1946-1948), *Cuaderno de las últimas nostalgias* (1949-1951), *País de la esperanza* (1949-1955), *El tiempo en nuestros brazos* (1956-1958), *La verdad y otras dudas* (1959-1967), *Último cuerpo de campanas* (1980) y *De la niebla y sus nombres* (1981-1984). En el segundo volumen se reúnen: *Con la pena cabal de la alegría* (1986-1996) y *La vanidad de la ceniza* (2005); le sigue un Apéndice: *Cancionerillo de tipo tradicional* (1971), así como *Otros poemas*: 1.- Poesía publicada. Poemas publicados en

primeras ediciones no incluidos por el autor en la *Summa Poética*; 2. Obra publicada en revistas, antologías y periódicos; Poesía inédita: *De ninfas y sepulcros (Erolegía parcialmente inédita)* (1977) y *Alzado en almas* (1986-1988). Cierra con unos Apéndices, la Bibliografía, la relación de Obras en prosa y verso, finalizando con los Estudios sobre el poeta hispalense.

Abre con: «Y yo me puse a pensar/ que era mejor la corteza. / Tiré las migas de pan» (p. 32), truncándole el destino aquel perfil de la gracia. A su verso y al amor se les cruza la Soledad de San Lorenzo (pp. 42-44) ahondándole en la incandescencia herida de los últimos cielos de la Ciudad (II, p. 150).

En *El libro de las cosas perdidas* alarga el fraseo y la sombra ante la cernudiana caída en el mundo. Desacompasado, escribe: «Estoy harto ya de todo/lo que toco y lo que veo. / En lo que creí no creo, / y si creo es a mi modo» (p. 104). Este

quiebro le sumerge en *Las incredulidades*: «Dolor de haber tenido/ el corazón entero, /de crecer para un mundo/ y encontrarlo mal hecho» (p. 145). Intuye que su salvación está en volver (p. 171), aun sabiendo que sólo se desanda el alma.

En *El tiempo en nuestros brazos* afirma: «Sólo es verdad aquello / que en la memoria existe» (p. 331). En *Último cuerpo de campanas*, tras: «Qué me importa que estés lejos, / si sé que tú estás pensando/ en lo mismo que yo pienso» (p. 419), escribe al descalabro: «Cuando al fin te despojas/ de la careta y tiras/ tanta ilusión al suelo del olvido, / entristeces de pronto/ al que creyó en la pobre eternidad» (p. 422). Aires manriqueños en: «Ríos de luz por mis venas, / que van a dar a la mar» (p. 429), al que retorna en *La vanidad de la ceniza* (II, p. 190).

En *De la niebla y sus nombres* qué tremendo aquel «éramos niños en aquella guerra/ que nuestros padres inventaron» (p. 508). Ramo de ternura a su Ciudad en *Madrigal de invierno*: «Una caricia tuya bastaría/ para salvarme [...]» (p. 524) y monumentos como *El rito y la regla* (pp. 528-529) o *Madrugada del destierro* (pp. 530-531). Eco de aquel Bergamín en: «Anda y sécate esas lágrimas, / que aquel que inventa un querer/ se pilla en su propia trampa» (p. 541). Evoca eternidades: «[...] en la altísima torre/ o en el jardín aquel donde empecé escribiendo/ en cuerpo de mujer versos futuros» (p. 547), sucumbiendo en la ruina de la sombra.

En el volumen II, se busca *Con la pena cabal de la alegría* «[...] en la penumbra de los años» (p. 64), confesando: «Hay que tener esta ciudad muy dentro, / para olvidarse de la externa» (p. 77). Anima a

los jóvenes a besarse bajo la lluvia «pues nunca volverá a llover así/ sobre vuestros lentos paraguas» (p. 85). En *La vanidad de la ceniza* admite que frente «al vendaval que te arrastra» (p. 120), sólo queda el amor: «Yo creí que el cielo estaba/ en la ciudad de su azul/ y ahora he caído en la cuenta/ — dame tu mano y sigamos — / que el cielo lo llevas tú» (p. 143).

En *Otros poemas*, ese «mentido abril en brisa de febrero» (p. 225) es retomado con prestancia: «Cuando abril en el aire se presiente, / suben torres al cielo de Sevilla, / o bajan a su río suavemente» (p. 313). Sin embargo, Rafael vuelve a entenebrarse: «Valgo yo más en mi tristeza/ que en tu frialdad [...]» (p. 242) porque «donde los labios me pusiste/ sólo el silencio cabe ya» (p. 243). Reconoce: «hijo soy de la luz que cada día/ giraldeas gozosa sobre el viento» (p. 266), confesando: «Señor, en Ti creía porque entonces/ el mundo era distinto» (p. 297). Al viento, una verdad: «Qué cosas tiene el amor. / Mirando de medio lado, / la guardó en su corazón» (p. 336). Reivindicativo, grita: «Levántate, Andalucía, / que a mí no me engañas tú/ disfrazada de alegría» (p. 362). Le canta a la juventud, que «[...] arrolla con sus besos las palabras/ antes que el desengaño las pronuncie» (p. 393). Remata con: «Sobre las aguas del río/ nadie se pone a escribir, / porque nada queda escrito. // Sólo en la tierra final/ Dios escribe nuestra vida, / y no la puede borrar» (p. 415).

Estamos ante una obra que evidencia cómo el verbo de Rafael Montesinos entrelazaba, en la tradición de la escuela poética sevillana —elegancia, claridad y hondura—, el Tiempo que implacablemente nos condena y el Amor que por suerte nos sostiene y nos salva.